

JUAN PABLO II
El Niño, respuesta
que disipa el mal
miedo actual



El Niño, respuesta que disipa el miedo actual

Por: Juan Pablo II

Homilía de Juan Pablo II en la Misa de Nochebuena

CIUDAD DEL VATICANO, 25 diciembre 2001 (ZENIT.org).- Nace para todo hombre y mujer el niño llamado «Príncipe de la paz», «Él tiene la respuesta que puede disipar nuestros miedos y dar nuevo vigor a nuestras esperanzas». Este fue el mensaje central que dejó Juan Pablo II en la Nochebuena 2001.

Pronunció estas palabras en la homilía de la misa del Gallo, que el pontífice presidió a medianoche, en la Basílica Vaticana.

Ofrecemos a continuación el texto de la homilía.

* * *

1. *«Populus, qui ambulabat in tenebris, vidit lucem magnam - El pueblo que caminaba en las tinieblas vio una luz grande» (Is 9, 1).*

Todos los años escuchamos estas palabras del profeta Isaías, en el contexto sugestivo de la conmemoración litúrgica del nacimiento de Cristo. Cada año adquieren un nuevo sabor y hacen revivir el clima de expectación y de esperanza, de estupor y de gozo, que son típicos de la Navidad.

Al pueblo oprimido y doliente, que caminaba en tinieblas, se le apareció «una gran luz». Sí, una luz verdaderamente «grande», porque la que irradia de la hu-

mildad del pesebre es la luz de la nueva creación. Si la primera creación empezó con la luz (cf. Gn 1, 3), mucho más resplandeciente y "grande" es la luz que da comienzo a la nueva creación: ¡es Dios mismo hecho hombre!

La Navidad es acontecimiento de luz, es la fiesta de la luz: en el Niño de Belén, la luz originaria vuelve a resplandecer en el cielo de la humanidad y despeja las nubes del pecado. El fulgor del triunfo definitivo de Dios aparece en el horizonte de la historia para proponer a los hombres un nuevo futuro de esperanza.

2. *«Habitan tierras de sombras, y una luz les brilló» (Is 9, 1).*

El anuncio gozoso que se acaba de proclamar en nuestra asamblea vale también para nosotros, hombres y mujeres en el alba del tercer milenio. La comunidad de los creyentes se reúne en oración para escucharlo en todas las regiones del mundo. Tanto en el frío y la nieve del invierno como en el calor tórrido de los trópicos, esta noche es Noche Santa para todos.

Esperado por mucho tiempo, irrumpe por fin el resplandor del nuevo Día. ¡El Mesías ha nacido, el Emmanuel, Dios con nosotros! Ha nacido Aquel que fue preanunciado por los profetas e invocado constantemente por cuantos «habitan en tierras de sombras». En el silencio y la oscuridad de la noche, la luz se hace palabra y mensaje de esperanza.

Pero, ¿no contrasta quizás esta certeza de fe con la realidad histórica en que vivimos? Si escuchamos las tristes noticias de las crónicas, estas palabras de luz y

esperanza parecen hablar de ensueños. Pero aquí reside precisamente el reto de la fe, que convierte este anuncio en consolador y, al mismo tiempo, exigente. La fe nos hace sentirnos rodeados por el tierno amor de Dios, a la vez que nos compromete en el amor efectivo a Dios y a los hermanos.

3. «*Ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres*» (Tt 2, 11).

En esta Navidad, nuestros corazones están preocupados e inquietos por la persistencia en muchas regiones del mundo de la guerra, de tensiones sociales y de la penuria en que se encuentran muchos seres humanos. Todo buscamos una respuesta que nos tranquilice.

El texto de la Carta a Tito que acabamos de escuchar nos recuerda cómo el nacimiento del Hijo unigénito del Padre «*trae la salvación*» a todos los rincones del planeta y a cada momento de la historia. Nace para todo hombre y mujer el Niño llamado «*Maravilla de Consejero, Dios guerrero, Padre perpetuo, Príncipe de la paz*» (Is 9, 5). Él tiene la respuesta que puede disipar nuestros miedos y dar nuevo vigor a nuestras esperanzas.

Sí, en esta noche evocadora de recuerdos santos, se hace más firme nuestra confianza en el poder redentor de la Palabra hecha carne. Cuando parecen prevalecer las tinieblas y el mal, Cristo nos repite: ¡no temáis! Con su venida al mundo, Él ha derrotado el poder del mal, nos ha liberado de la esclavitud de la muerte y nos ha readmitido al convite de la vida.

Nos toca a nosotros recurrir a la fuerza de su amor victorioso, haciendo nuestra su lógica de servicio y humildad. Cada uno de nosotros está llamado a vencer con Él «el misterio de la iniquidad», haciéndose testigo de la solidaridad y constructor de la paz. Vayamos, pues, a la gruta de Belén para encontrarlo, pero también para encontrar, en Él, a todos los niños del mundo, a todo hermano lacerado en el cuerpo u oprimido en el espíritu.

4. Los pastores «*se volvieron dando gloria y alabanza a Dios por lo que habían visto y oído; todo como les habían dicho*» (Lc 2, 17).

Al igual que los pastores, también nosotros hemos de sentir en esta noche extraordinaria el deseo de comunicar a los demás la alegría del encuentro con este «*Niño envuelto en pañales*», en el cual se revela el poder salvador del Omnipotente. No podemos limitarnos a contemplar extasiados al Mesías que yace en el pesebre, olvidando el compromiso de ser sus testigos.

Hemos de volver de prisa a nuestro camino. Debemos volver gozosos de la gruta de Belén para contar por doquier el prodigio del que hemos sido testigos. ¡Hemos encontrado la luz y la vida! En Él se nos ha dado el amor.

5. «*Un Niño nos ha nacido...*» (Is 9,5). Te acogemos con alegría, Omnipotente Dios del cielo y de la tierra, que por amor te has hecho Niño «*en Judea, en la ciudad de David, que se llama Belén*» (cf. Lc 2, 4).

Te acogemos agradecidos, nueva Luz que surges en

la noche del mundo.

Te acogemos como a nuestro hermano, «*Príncipe de la paz*», que has hecho «*de los dos pueblos una sola cosa*» (Ef 2, 14).

Cólmans de tus dones, Tú que no has desdeñado comenzar la vida humana como nosotros. Haz que seamos hijos de Dios, Tú que por nosotros has querido hacerte hijo del hombre (cf. S. Agustín, *Sermón* 184).

Tú, «Maravilla de Consejero», promesa segura de paz; Tú, presencia eficaz del «Dios poderoso»; Tú, nuestro único Dios, que yaces pobre y humilde en la sombra del pesebre, acógenos al lado de tu cuna.

¡Venid, pueblos de la tierra y abridle las puertas de vuestra historia! Venid a adorar al Hijo de la Virgen María, que ha venido entre nosotros en esta noche preparada por siglos.

Noche de alegría y de luz.

¡Venite, adoremus!

